

CAPITULO LXVIII.

Un mozo de provecho.



PÁNFILO de Narvaez se embarcó en una de las carabelas que hacian principalmente el viaje desde Cádiz á Santo Domingo.

A pocas horas de darse á la vela hizo conocimiento con un jóven en extremo simpático, que en varias ocasiones, ántes de cruzar con él la palabra, le dió á entender que tenia vivos deseos de entrar con él en conversacion.

El primer momento propicio fué para él el motivo que le sirvió para realizar sus deseos.

—Vos no me conocéis, señor capitan, dijo á Pánfilo de Narvaez, y sin embargo, yo hace mucho tiempo que os conozco.

—¿Tú? preguntó el soldado.

—Yo, sí señor; y sé que vuestra familia descende de Granada.

—No te equivocas.

—Vuestro padre don Lope os queria entrañablemente.

—Es cierto.

—Erais su ojo derecho.

Pero perdonadme que traiga á vuestra memoria estos recuerdos.

Erais tan pendenciero y tuvisteis tantos lances, que el pobre viejo....

—Veo, en efecto, que me conocéis, le dijo Pánfilo de Narvaez.

—¿Os acordais de doña Aldonza Inestrosa? continuó el jóven?

—Era la dama más gallarda de Granada.

—¿Qué ojos aquellos, qué cara, qué aire! Siempre habia alrededor de su casa una porcion de adoradores, y vos os encargabais de alejarlos.

—¿Cómo sabeis todo eso?

—Señor, yo era paje de don Alvaro, el padre de doña Aldonza, y en aquella ocasion os conocí en Granada.

—¿Y de paje de tan noble casa has descendido tanto, que te ves obligado á sentar plaza de soldado y embarcarte para las Indias?

—Cosas del mundo, capitan, dijo el jóven. Si quisierais conocerme tanto como yo á vos, como voy solo por esos mundos, tendria mucho gusto en confiaros toda mi historia.

—No serán tus virtudes las que te hayan traído á semejante estado.

—No por cierto, señor; soy muy sincero. Bien es verdad que si he pecado, ha sido causa de las malas compañías.

Hará seis ó siete años que nada me faltaba al lado de don Alvaro, y tanto me queria el buen señor, que en muchas ocasiones me habia dicho:

«Inigo, tú serás algun dia un militar valiente, porque ó poco he de poder, ó he de darte una espada.»

Estas promesas me entusiasmaban mucho, y ardía en deseos de ir á Flandes á pelear. Viendo que se pasaba el tiempo sin conseguir mis esperanzas, cuando vos os marchasteis de Granada despues de haber herido á don Gonzalo Lainez, olvidándoos mi señora, os reemplazó en su corazon otro galan. Aquel fué causa de mi perdicion.

—¿Quién era? preguntó Pánfilo de Narvaez.

—Un jugador, un libertino, don Luis de Galvez que quiso seducir á mi ama, y se valió de mí para lograrlo.

—¿Es decir ¡miserable! que tú has sido causa de su desventura? exclamó el capitán.

—Os confieso ingenuamente, que tan prendado estaba de don Luis por la prodigalidad con que me obsequiaba, que á no haber vigilado muy de cerca á su hija el bueno de don Alvaro, Dios sabe si inocentemente hubiera yo contribuido á su perdición.

—Explícate. ¿Qué pasó?

—Quería entrar en la casa á toda costa, y no dándole oídos ningun otro criado, se enteró de mi afán por marchar á la guerra, y halagando mis instintos, un día que me encontró cerca del Zacatin:

—«Ya sé cuáles son tus deseos, me dijo, y estoy resuelto á realizarlos.

Tú lo que necesitas es una buena bolsa y una espada.

La bolsa para llegar hasta Flandes; la espada para ofrecerla á los capitanes del emperador.

Yo he de marchar muy pronto por el mismo camino, y si tú quieres iremos juntos.

—¿Qué he de hacer?

—«En primer lugar, demostrarme que eres agradecido.

—¿De qué manera?

—«Abriéndome las puertas de tu casa para que yo hable con tu ama.

Al pronto me negué, pero me buscó en otras ocasiones.

Puso el cebo en mis manos, y accedí á secundarle en sus proyectos.

Todo lo tenía preparado para que entrase una noche en el cuarto de mi ama, cuando don Alvaro se enteró, y despidiendo á cuchilladas al galán, después de arrojarle de su casa, me buscó á mí para matarme.

Pude llegar á un patio, escalar una tapia, verme libre de la persecución del irritado padre, y salir de Granada.

Desde entonces acá mi vida es una triste vida, continuó el paje.

En poder de unos gitanos fuí con ellos algun tiempo tratante en bestias, y me hacian formar parte de las expediciones que llevaban á cabo para robar la bolsa de los caminantes.

Pude alejarme de su lado y vivir en Castilla algun tiempo.

Allí me hicieron cuadrillero, y ocultando con aquel cargo mis pasados delitos, viví tranquilo y regalado, hasta que, uno de mis antiguos compañeros cayó en nuestro poder, y delatándome, me obligó á mudar de nombre y de domicilio.

Vine á Sevilla.

He sufrido aquí tanto, que he tenido tiempo de arrepentirme.

—Dificillito es eso, exclamó el capitán Pánfilo de Narvaez.

—¿Creeis que os hablaria con tanta sinceridad si no estuviera resuelto á enmendarme? Creedme; yo he nacido para ser bueno; las circunstancias me han obligado á ser malo.

Hubiera podido continuar por la misma senda que he seguido durante los últimos años, y no he querido.

He preferido alistarme como simple soldado y pedir á la fortuna en lejanas tierras los medios de vivir.

Pero después de revelaros mi historia, voy á haceros una súplica.

Desde que os conocí en Granada, os profeso gran afición.

Sé que sois valiente como el que más; sé que á vuestro lado prestándoos toda clase de servicios, hallaré recompensa.

Apénas os he visto embarcaros en el mismo navío que debia conducirme á las Indias, he concebido el proyecto de deciros:

«Elegidme por vuestro criado.

Permitidme que os sirva y os acompañe á todas partes.

Si os amenaza algun peligro, lo partiré con vos.

Tengo bastante travesura, y aunque joven, bastante mundo para conocer quiénes serán vuestros amigos y quiénes vuestros adversarios.

Si después de emplear algun tiempo en aventuras, volveis á España rico y dichoso, volveré con vos, y solo os pediré alguna

insignificante parte de vuestros provechos, para resarcir á mi pobre madre, que llora mis travesuras, para hacer feliz á la pobre vieja que me ha maldecido con razon, y que no sabe que mi único deseo es conseguir de la Providencia que me vuelva á su lado con los medios de demostrarle que no se han perdido del todo las semillas que sembró en mi corazon.

Este lenguaje inesperado, y la viveza é inteligencia que revelaba el rostro de Iñigo, movieron á Pánfilo de Narvaez á aceptar sus servicios, para lo cual suplicó y consiguió del jefe de la carabela que pusiese al soldado bajo sus órdenes.

Durante el camino le prestó los mejores servicios.

Desembarcaron todos en Santo Domingo.

Como en aquella isla no habia ocasion de hacer fortuna por medio de las armas, se trasladaron Pánfilo de Narvaez y su servidor Iñigo á Santiago de Cuba.

Antes de presentarse el capitán al gobernador de la isla, tuvo ocasion de saber cuál era la verdadera situacion de los ánimos en Santiago de Cuba, y cuál la actitud del gobernador, por las investigaciones que en vez de descansar del viaje hizo Iñigo en provecho de su amo.

Iñigo se valió de su ingenio para que los servidores del gobernador le informaran.

No contento aún, averiguó que una dama poseia toda la confianza de Velazquez, y por su camarera, á quien requirió de amores, obtuvo más amplias explicaciones.

Pánfilo de Narvaez se convenció de lo que valia Iñigo, y se prometió no abandonarle.

Todo revelaba en aquel mancebo condiciones especiales para hacer fortuna.

Aunque nacido en pobre cuna, sus pensamientos eran muy elevados.

Las impresiones de su vida aventurera le habian hecho ad-

quirir una nocion perfecta del bien y el mal, y sus instintos le inclinaban al bien.

Tambien su amo, el capitán, estaba llamado á hacer fortuna.

De fácil palabra, de fisonomía franca y abierta, era simpático á cuantas personas le veian ó hablaban con él, y gracias á esto pudo conseguir desde luego la distinguida posicion en que la historia de la conquista de México lo presenta á la posteridad.